



la larga huida del infierno
MARILYN MANSON
& NEIL STRAUSS

La larga huida del infierno (The Long Hard Road Out of Hell) es la autobiografía de Marilyn Manson, líder de la banda homónima. El libro fue publicado el 14 de febrero de 1998 y escrito con la ayuda de Neil Strauss como escritor fantasma.

Relata la vida de Manson desde que era un niño hasta los eventos del polémico *Dead to the World Tour*. También habla sobre los fetiches de su abuelo, incluyendo el bestialismo y el sadomasoquismo, influenciando la formación de Marilyn Manson and the Spooky Kids, y la grabación de *Antichrist Superstar*. Sus últimas páginas son el diario de la banda durante la gira, documentando eventos en los camerinos y las reacciones de la gente. El libro también incluye numerosas referencias hacia su vida de drogas, sexo, y relaciones disfuncionales que atribuye como causas a su *statu quo*. También presenta sus trabajos periodísticos, incluyendo un artículo sobre una *dominatrix* que entrevistó para *25th Parallel*.

*A Barb y Hugh Warner
Que Dios les perdone
por haberme traído a este mundo.*

Parte 1: CUANDO ERA UN GUSANO

1. El hombre que temes
2. Para todos aquellos a punto de *rockear*, les suspendemos
3. Adolescente curioso
4. El camino al Infierno está pavimentado con amables cartas de rechazo
5. No nací con suficientes dedos medios

Parte 2: DEFORMOGRAFÍA

6. *The Spooky Kids*
7. Sucia estrella del *rock*
8. Para toda la gente que no murió
9. Las reglas
10. Todo para nada
11. Vamos a ver al Mago
12. Abuso, parte 1 y 2
13. Conociendo a los fans

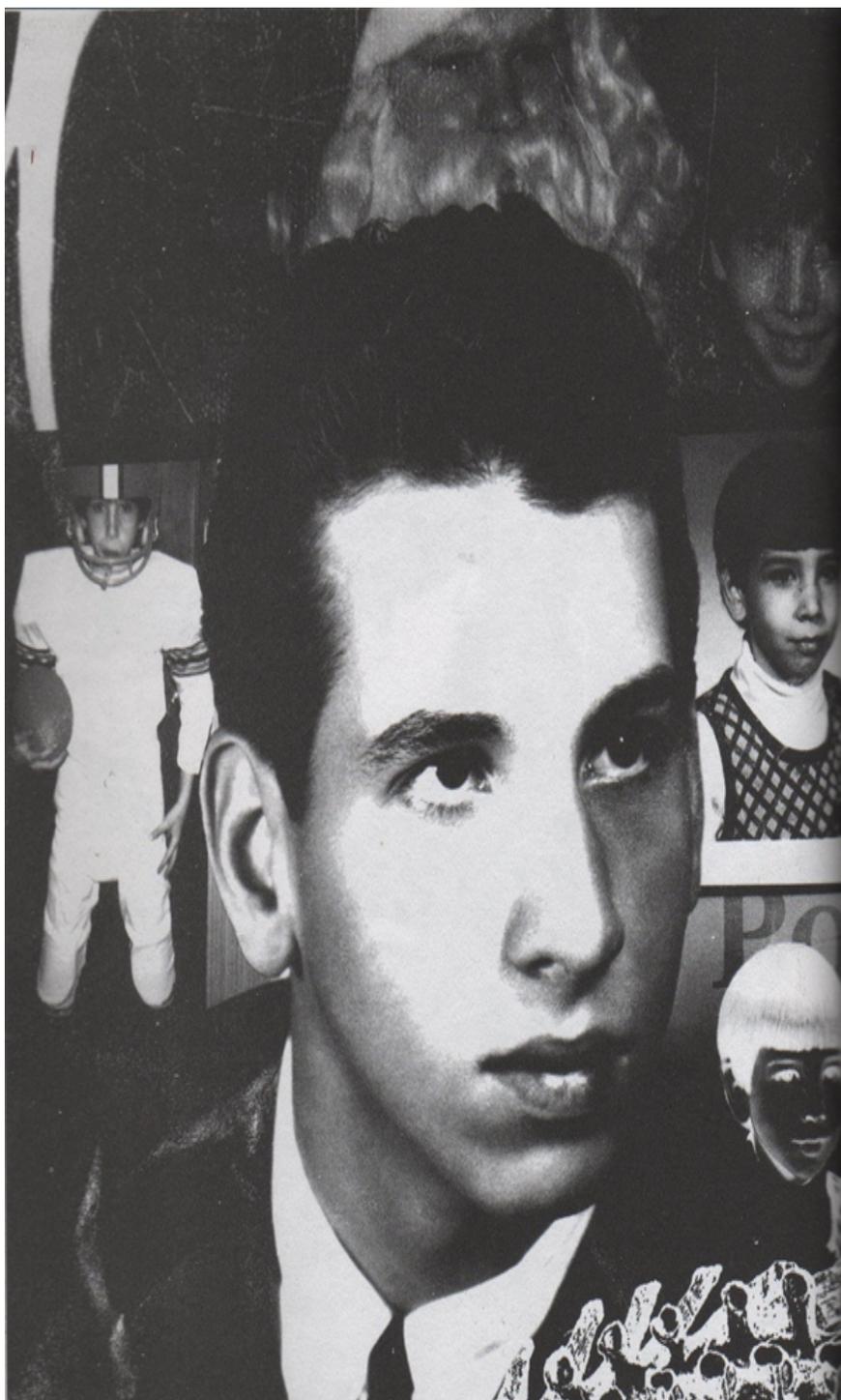
Parte 3: CÓMO OBTUVE MIS ALAS

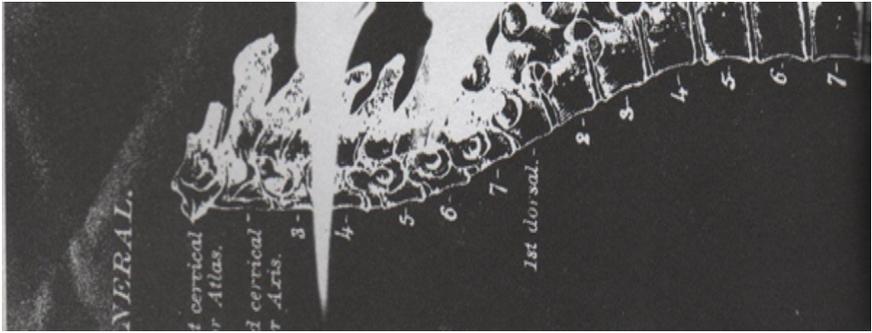
- 14. El Dios Reflectante (Sueños)
- 15. *Antichrist Superstar*
- 16. Cincuenta millones de cristianos llorones no pueden estar equivocados

Parte I

Cuando era un gusano







1

EL HOMBRE QUE TEMES

«Entre todas las cosas que pueden ser contempladas bajo la concavidad de los cielos, nada es visto que sacuda más el espíritu humano, que embelesse más los sentidos, que provoque más terror o admiración que los monstruos, prodigios y abominaciones a través de las cuales vemos los trabajos de la naturaleza invertidos, mutilados o truncados».

—Pierre Boaistuau, *Histoires Prodigieuses*, 1561

CÍRCULO UNO: LIMBO

Para mí el infierno era el sótano de mi abuelo. Apestaba como un baño público, y estaba casi igual de sucio. El húmedo suelo de cemento estaba cubierto con latas de cerveza vacías y todo estaba envuelto con una película de grasa que probablemente no había sido limpiada desde que mi padre era un niño. Accesible solamente a través de unas destartaladas escaleras de madera fijadas a una tosca pa-

red de piedra, el sótano estaba prohibido para todos excepto mi abuelo. Éste era su mundo.

Colgando de la pared había una pera para enemas de color rojo descolorido, símbolo de la confianza equivocada que Jack Angus Warner tenía en el hecho de que ni siquiera sus nietos se atreverían a pasar. A su derecha había un deformado gabinete, dentro del cual había una docena de viejas cajas de condones genéricos a punto de desintegrarse; una lata oxidada de *spray* desodorante femenino; un puñado de esas cubiertas de látex para dedos que usan los doctores para exámenes proctológicos; y un Fraile Tuck de juguete que mostraba una erección cuando su cabeza era presionada hacia abajo. Debajo de las escaleras había un estante con alrededor de diez latas de pintura las cuales, después descubrí, contenían 20 cintas porno de 16 milímetros cada una. Coronándolo todo había una pequeña ventana cuadrada —parecía un vitral, pero en realidad estaba cubierto con un limo gris— y mirar a través de ella era como observar hacia la oscuridad del infierno.

Lo que más me intrigaba del sótano era la mesa de trabajo. Era vieja y toscamente construida, como si hubiese sido hecha hace siglos. Estaba cubierta de peluche naranja oscuro que parecía el cabello de una muñeca Raggedy Ann, excepto que había sido manchado de años de tener herramientas sucias encima. Un cajón había sido torpemente construido en ella, pero siempre estaba bajo llave. En las vigas del techo había un espejo barato de cuerpo completo, de los que tienen marco de madera para ser clavado en la puerta. Pero estaba clavado al techo por alguna razón —yo solo podía imaginarme el porqué. Aquí fue donde mi primo, Chad, y yo empezamos nuestras diarias y progresivamente más atrevidas intrusiones dentro de la vida secreta de mi abuelo.

Yo era un escuálido muchacho de 13 años, pecoso y con un corte de hongo cortesía de las tijeras de mi madre; él era un delgado muchacho de 12 años con pecas y dientes

de conejo. No queríamos nada más que llegar a ser detectives, espías o investigadores privados cuando creyéramos. Fue mientras tratábamos de desarrollar las habilidades requeridas para el espionaje cuando fuimos expuestos por primera vez a toda esta iniquidad.

Al principio, todo lo que queríamos hacer era escabullirnos en el sótano y espiar al abuelo sin que él lo supiera. Pero una vez que empezamos a descubrir todo lo que había escondido ahí, nuestros motivos cambiaron. Nuestras incursiones dentro del sótano al volver de la escuela se convirtieron en parte unos muchachos adolescentes queriendo encontrar pornografía para masturbarse y en parte una mórbida fascinación por nuestro abuelo.

Casi todos los días hacíamos nuevos y grotescos descubrimientos. Yo no era muy alto, pero si me balanceaba con cuidado en la silla de madera de mi abuelo podía alcanzar el espacio entre el espejo y el techo. Ahí encontré una pila de fotos de bestialismo en blanco y negro. No eran de revistas: eran fotografías individualmente numeradas que parecían escogidas de un catálogo que las enviaba por correo. Eran fotos de principios de los setenta de mujeres montando penes gigantes de caballos y chupando penes de cerdos que parecían suaves sacacorchos de carne. Yo había visto *Playboy* y *Penthouse* antes, pero estas fotografías eran de otra categoría totalmente diferente. No era sólo que fueran obscenas. Eran irreales —todas las mujeres mostraban una inocente sonrisa infantil mientras se la chupaban y follaban a estos animales.

También había revistas fetichistas como *Watersports* y *Black Beauty* escondidas detrás del espejo. En vez de robar la revista completa, con una navaja cortábamos cuidadosamente ciertas páginas. Después las doblábamos en pequeños trozos y las escondíamos debajo de las grandes rocas blancas que rodeaban la entrada al porche de la casa de mi abuela. Años después, regresamos a buscarlas, aún estaban

ahí —pero raídas, deterioradas y cubiertas de lombrices y babosas.

Una tarde de otoño mientras Chad y yo estábamos sentados en el comedor de mi abuela después de un día particularmente aburrido en la escuela, decidimos averiguar qué había dentro del cajón de la mesa de trabajo. Siempre obstinada en atiborrar a su familia de comida, mi abuela, Beatrice, nos forzaba a comer pastel de carne y gelatina que parecía estar hecho principalmente de agua. Ella venía de una rica familia y tenía toneladas de dinero en el banco, pero era tan avara que trataba de hacer que una sola caja de gelatina durara meses. Ella solía usar medias enrolladas hasta los tobillos y extrañas pelucas grises que obviamente no le favorecían. La gente siempre me decía que me parecía a ella porque ambos éramos delgados y teníamos la misma estrecha estructura facial.



Nada en la cocina había cambiado durante el tiempo que pasé ahí ingiriendo su repugnante comida. Sobre la mesa colgaba una fotografía amarillenta del Papa dentro de un marco barato de latón. Un imponente árbol familiar que rastreaba a los Warner hasta Alemania y Polonia, donde eran llamados los Wanamaker, estaba en la pared cercana. Y coronándolo todo había un gran crucifijo hueco de madera con un Cristo dorado encima, una hoja muerta de palma envuelta a su alrededor y una tapa deslizante que escondía una vela y un vial con agua bendita.

Bajo la mesa de la cocina había un conducto de calefacción que conducía hasta la mesa de trabajo en el sótano. A través de él, podíamos oír a mi abuelo carraspear y toser ahí abajo. Tenía su radio de onda corta encendida, pero nunca hablaba por ella, sólo escuchaba. Había sido hospitalizado con cáncer de garganta cuando yo era muy pequeño y, hasta donde recuerdo, nunca oí su verdadera voz, sólo el mellado ronquido que forzaba a través de su traqueotomía.

Esperamos hasta que lo oímos salir del sótano, abandonamos nuestro pastel de carne, tiramos nuestra gelatina dentro del conducto de la calefacción y nos aventuramos hacia el sótano. Pudimos oír a nuestra abuela llamándonos inútilmente: "¡Chad! ¡Brian! ¡Limpiad los platos!". Tuvimos suerte de que lo único que hizo esa tarde fue gritar. Usualmente, si nos atrapaba robando comida, contestando o haciendo el vago, éramos forzados a hincarnos sobre un palo de escoba indefinidamente entre 15 minutos y 1 hora, lo cual tuvo como resultado unas rodillas permanentemente lastimadas y costrosas.

Chad y yo trabajamos rápida y calladamente. Sabíamos lo que teníamos que hacer. Mientras recogíamos del suelo un destornillador oxidado, rezamos por que el cajón de la mesa de trabajo se abriera lo suficiente como para que pudiéramos echar una vistazo dentro. Lo primero que vimos fue celofán; toneladas de celofán, enrollado alrededor de

algo. Chad empujó el destornillador más adentro del cajón. Había cabello y encaje. Él hizo cuña con el destornillador aún más, y yo tiré hasta que el cajón cedió.

Lo que descubrimos eran corsés, sujetadores, *slips* y bragas —y muchas pelucas de mujer enmarañadas con el cabello tieso y sucio. Comenzamos a desenvolver el celofán, pero tan pronto como vimos lo que escondía, dejamos caer el paquete al suelo. Ninguno de nosotros quería tocarlo. Era una colección de *dildos* con ventosas en la parte inferior. Tal vez fue porque yo era muy joven, pero parecían enormes. Y estaban cubiertos de un limo endurecido color naranja oscuro, como la costra gelatinosa que se forma alrededor del pavo cuando es cocinado. Más tarde dedujimos que era vaselina vieja.

Obligué a Chad a envolver los *dildos* y ponerlos de vuelta en el cajón. Ya habíamos explorado bastante ese día. Justo cuando tratábamos de cerrar el cajón de nuevo, la perilla de la puerta giró. Chad y yo quedamos paralizados por un momento, después cogió mi mano y se metió debajo de una mesa de contrachapado sobre la cual mi abuelo tenía sus trenes de juguete. Estuvimos justo a tiempo de escuchar sus pasos cerca del final de la escalera. El suelo estaba cubierto de accesorios para trenes de juguete, en su mayor parte pinos de juguete y nieve falsa que me hizo pensar en *donuts* glaseados hechos polvo. Los pinos de juguete nos pinchaban las manos, el olor era nauseabundo y respirábamos pesadamente. Pero el abuelo no pareció notarnos ni al cajón medio abierto. Le oímos caminar por la habitación, resollando a través del agujero en su garganta. Hubo un clic, y sus trenes de juguete empezaron a hacer ruido a lo largo de la vía. Sus zapatos negros de charol aparecieron en el suelo justo enfrente de nosotros. No alcanzábamos a ver más allá de la altura de sus rodillas, pero sabíamos que estaba sentado. Lentamente sus pies empezaron a rascar contra el suelo, como si estuviera balanceándose violentamente en su asiento, y su resuello se volvió más ruidoso.

so que los trenes. No puedo pensar en ninguna forma de describir el ruido que salía de su inservible laringe. La mejor analogía que puedo ofrecer es una vieja y descuidada podadora de césped tratando de arrancar. Pero viniendo de un ser humano, era un sonido monstruoso.

Después de diez incómodos minutos, una voz llamó desde arriba de las escaleras. "¡Por el amor de Dios!". Era mi abuela, y evidentemente había estado gritando largo rato. El tren se detuvo, los pies se detuvieron. "Jack, ¿qué estás haciendo ahí?", gritó.

Mi abuelo le ladró a través de su traqueotomía, molesto. "Jack, ¿puedes ir a Heinie's?, se nos ha terminado el refresco".

Mi abuelo ladró de nuevo, esta vez aún más molesto. Permaneció inmóvil por un momento, como decidiendo si ayudarla o no. Entonces lentamente se levantó. Estábamos a salvo, por el momento.

Después de ocultar lo mejor que pudimos el forzado que habíamos hecho al cajón de la mesa de trabajo, Chad y yo corrimos escaleras arriba y hacia el pasillo, donde Chad y yo guardábamos nuestros juguetes. Juguetes que en este caso eran un par de pistolas y municiones. Además de espiar a mi abuelo, la casa tenía otras dos atracciones: el bosque cercano, donde nos gustaba disparar a los animales, y las chicas del vecindario, con las cuales intentábamos tener sexo pero nunca tuvimos éxito hasta mucho después.

A veces íbamos al parque de la ciudad justo pasando el bosque y disparábamos a los niños pequeños que jugaban a *football*. Hasta el día de hoy, Chad aún tiene munición alojada bajo la piel del pecho, porque cuando no encontrábamos ningún otro blanco nos disparábamos entre nosotros. Esta vez, nos mantuvimos cerca de la casa y tratamos de derribar pájaros de los árboles. Era malévolo, pero éramos jóvenes y no nos importaba. Esa tarde buscaba sangre y, desafortunadamente, un conejo blanco se cruzó en nuestro camino. La emoción de dispararle era inconmensurable,